

EL HUANAKAURI

escrito y publicado en Montevideo, el año
mil novecientos diez y siete de la Era Vul-
gar y cuatrocientos veinticinco del des-
cubrimiento de América, por
A. ZUM FELDE

F 2209.29

C. 106,033

MAXIMINO GARCÍA, Editor

MONTVIDEO

BIBLIOTECA NACIONAL
ADQUISICION
ALBERTO LLAMAS
1960

Imp. "El Siglo Ilustrado", San José, 938

INVOCACION

I

Hombres de Sudamérica, hombres del Norte y del Sur, hombres del Este y del Oeste; hombres que habitáis la esenca vasta y convivial del Plata, de azul estuario abierto hacia el antiguo Mundo, donde la vida de las viejas Naciones se vierte en oleadas de renovación; — hombres que habitáis las tierras costañas del Pacífico y los altos valles de los Andes, donde los ríos arrastran granos de oro, donde aún vive la historia de los indios Imperios desvanecidos, y está impresa en la piedra y en la carne la Epopeya de la Conquista; — hombres que habitáis las comarcas tropicales del Marañón y del Magdalena, en cuyos bosques y praderas vírgenes, se multiplican en orgía de formas, de colores, de aromas, de músicas, de ambrosías, la fauna y la flora más espléndidas del Planeta; — hombres que habitáis las ciudades promiscuas del Atlántico y las internas tierras del Brasil, abundosas en frutos y en diamantes; — y vosotros también, los que habitáis más allá del Istmo, en torno de los lagos de Nicaragua y de los montes de la Guatemala; — y vosotros, los que habitáis

aún más allá, la gran meseta histórica de Anahuak, rica en metales, que guardan, númenes eternos, el Cíclohuatl y el Popocatepetl: — oíd la Palabra, que es dicha para vosotros.

II

Argentinos de la gran Renovación, Chilenos de la enérgica voluntad; Peruanos del señorial linaje; Uruguayos de la fraterna sencillez; Colombianos de la opeta hidalguía; Venezolanos del bizarro nacionalismo; Bolivianos de la ardiente aspiración; Brasileños de la pródiga riqueza; Ecuatorianos de la dura altivez; Paraguayos de la dolorosa historia; y vosotros también, que estáis más allá del Istmo, Centroamericanos, gentiles amadores de la Poesía; Mexicanos de la heroica tradición, que formáis la avanzada en el continente nórdico del gran Pueblo de la América Austral ante el solio de hierro de Manathlán; — oíd la palabra, que es dicha para vosotros.

III

Vosotros todos, hombres de la América Austral, oíd las palabras que han sido escritas para vosotros. Para vosotros solamente han sido escritas estas palabras y para nadie más que para vosotros. Ni a los hombres de Manathlán, ni a los hombres de Europa, ni a los hombres de Asia va dirigida esta Palabra. A vosotros solamente va dirigida — hombres de la América Austral — sólo atañe a vosotros.

IV

A vosotros todos atañe esta Palabra, sin distinción de nación ni procedencia, por encima de las divisiones de estados, por encima de las fronteras de los países; — a vosotros todos, por encima de las rivalidades y las querellas internacionales, por encima de las variantes que el proceso social ha dado a cada Pueblo, a vosotros todos, en el plano de idealidad donde un mismo origen y un común destino, identifican los diversos pueblos en una sola conciencia histórica, y donde iguales necesidades e iguales anhelos, integran todas las ciudadanías políticas en la gran ciudadanía moral del Continente.

Jornada Primera

I

Este es el Huamakauri. Su nombre es su clave. Del fondo enorme y vago de los siglos llega este nombre hasta nosotros. De la América autóctona, velada por una bruma de oro, llega hasta nosotros este Mito, para dar nombre y significación al Libro que ha surgido de la entraña mística del Continente, al Libro que es la Voz de su más profundo Anheló, al Libro que es la afirmación absoluta de su Destino.

Porque este Libro, surgido de la entraña del Continente, es el grito de su más alta Aspiración y la afirmación absoluta de su Destino. La voluntad de ser de Sudamérica ha engendrado este Libro.

II

Este es el Huamakauri. Y este es el sentido de su nombre: Manco Kapac, el Inka de los Inkas, por mandato del Sol sale de la sagrada Isla donde naci6ra y va a civilizar los pueblos de los Andes. Lleva en su mano mágica vara de oro. Id — dícele

el Sol, en Padre — adonde el sentido os lleve; y en todo lugar donde os detengáis para descansar, entregáros al sueño o calmar vuestra sed, clavad en tierra esta vara de oro; y en el lugar en que ella se hunda en tierra y desaparezca fijaréis vuestra morada y fundaréis vuestro trono, porque allí estará el pueblo que debéis conquistar y cuyos destinos registraréis.

III

Días y noches, bajo soles y lunas, por montañas y valles, por pueblos y soledades, camina Manco Kapac, el Inka de los Inkas, hasta que un día hacia el amanecer, al llegar a la cumbre del Huanakauri, la vara de oro se hunde y desaparece en la tierra. He aquí el lugar — dice el Hijo del Sol — donde debo fijar mi morada. Y descendiendo al valle, funda el Kuzco.

IV

Este es el Huanakauri. He aquí el lugar de nuestro destino; he aquí donde vamos a fundar nuestro Reino; he aquí donde levantaremos nuestra Ciudad y nuestro Trono.

Hemos salido — peregrinos de Dios — en busca de nuestro destino. Hemos andado bajo los soles del Mediodía y bajo las estrellas de la Medianoche, con anhelo, con coraje, con fatiga, con imperturbable esperanza. Hemos atravesado valles de encanto y desoladas punas, húmedos desfiladeros de pesadilla y penumbrosas selvas resonantes,

simas vertiginosas y cumbres inmaculadas, albas destumbradoras y opacas nieblas, pueblos de todas laras y soledades que señorean las fieras, y hemos llegado al punto en que se nos revela nuestro Destino: la vara de oro se ha hundido en la tierra. ¡Aquí es! ¡Aquí es! Aquí están nuestra misión y nuestra labor. Aquí está nuestro campo de batalla y de siembra.

V

Yo llamo a este Libro Huanakauri, porque él es verdaderamente el término de un peregrinaje espiritual y la revelación de un Destino.

Largo y angustioso ha sido este peregrinaje — os lo juro, mis bravos compañeros. — Poseído de la inquietud sin sosiego y del áspero descontento de quien va a un fin sin saberlo, de quien debe cumplir algo aún a pesar suyo, yo no he podido morar ni detenerme más de una noche en sitio alguno, ni creer en ningún dios, ni acatar ninguna Ley, ni entregarme a ninguna Doctrina, ni sentir ningún Amor. Y a la entrada de las Ciudades donde he llegado, y junto al templo de cada Dios, y al pie del solio de cada Ley, y frente a la cátedra de cada Doctrina, y a la puerta de cada Amor, he clavado en tierra mi vara de oro para ver si se hundía en ella; pero la vara permanecía clavada. Mas al llegar al punto en que se levanta este Libro, — conforme al Mito opónimo — la vara se hundió de súbito y para siempre.

VI

Este es el Huamkauri; fin del peregrinaje, comienzo de la noche y de la labor. Nada ha terminado en verdad, todo comienza. Nuestro Día se levanta.

Porque nuestro camino estaba oculto en la Noche y el Día viene a manifestárnoslo; porque nuestro destino estaba oculto en la Noche y el Día viene a mostrárnoslo.

Nuestro destino dormía oculto en el seno de la Noche como el feto en el seno materno. Amorosa e insondable lo guardaba en su seno la Noche, la Noche sagrada y genésica de donde venimos. Holo aquí.

VII

Este es el Hunuakauri; punto de llegada y punto de partida. Comienzo, no fin; iniciación, no término; mañana, no tarde; lucha, no descanso; labor, no disfrute.

Este el punto desde donde se abarcan los horizontes y los caminos, o donde el ojo se esfuerza por ver los caminos y los horizontes, que únicamente desde aquí pueden ser vistos.

Este el punto donde se despierta el Anheló, donde se afirma la Voluntad de emprender y de crear, donde se quiere comenzar la conquista de algo, donde se empieza a ser.

Afirmación de un Destino, imposición de un deber, comienzo de una existencia nueva: esto es el Huamkauri.

VIII

Cuando yo hubé llegado al punto en que se levanta este Libro, cuando, de pie en su altura, miré allá abajo, a lo lejos, a lo ancho de los horizontes, al campo de nuestro Destino, tuve una visión colosal y fulminea, semejante a una gran ciudad desconocida vista un instante a la claridad de los relámpagos.

Eran torres de eminente altura, cúpulas vastas como cráneos de una nación, columnas, frisos, arcos, pórticos, gradas, obeliscos... Eran calles, plazas, palacios, templos, fábricas, jardines, puentes, estadios, dársenas, monumentos... Eran multitudes que se movían en orgánicas confluencias como las aguas, vehículos de la tierra, de las aguas y de los aires; cortejos, fiestas, trabajos, luchas, músicas, canciones, lamentos...

IX

Nada sé de ello, sino que eran las formas de una civilización nueva, de una cultura original, de una vida potente. Y en las arquitecturas, en las decoraciones, en los trajes, en los actos, en los cantos, en las formas todas de aquella vida, creí ver como una consagración de las formas genuinas del Continente, una transmutación inmortal de su naturaleza y de su historia en el Arte, una segunda y glorificada vida de su fauna, de su flora, de sus tierras, de sus aguas, de sus héroes, de sus leyendas, de sus tradiciones, de sus trabajos, de sus costumbres, en los monumentos, en las torres, en

los frisos, en las columnas, en las estatuas, en los vestidos, en los emblemas, en los utensilios, en las palabras... Y, por dentro de todo, invisible, incorpóreo, animador y genérico, un espíritu enérgico y profundo, un carácter autónomo e inconfundible, un sentido nuevo de la vida, una interpretación de las cosas.



Estamos sobre la altura del Huaucaauri. Allí abajo, a lo lejos, a lo ancho de los horizontes, palpitante y desnuda se extiende bajo el alba la tierra de nuestro destino. ¿Dónde está la ciudad con sus torres, sus cúpulas, sus plazas, sus puentes, sus cárceles, sus monumentos? ¿Dónde están las multitudes que se movían, las fiestas, los trabajos, las luchas, los emblemas, las canciones, los lamentos? La fulmínea visión se ha borrado en la niebla dorada y ligera de la mañana.

Mas, he aquí ante nosotros la tierra donde el prodigio ha de realizarse, donde la promesa ha de cumplirse. ¿Quién realizará el prodigio? ¿quién cumplirá la promesa? Nosotros realizaremos el prodigio, nosotros cumpliremos la promesa.

¡Alborozaos, amigos míos, cantad himnos al Sol, desataid vuestros oscuros vestidos, ecúild coronas, danzad en la aurora que se levanta!: somos los forjadores del Destino.

XI

Heos aquí, de pie sobre la altura, ante la vastedad de los horizontes. A nuestros pies se extiende la tierra morena y palpitante, desnuda y prolífica bajo el gozoso amanecer. Nada más que la tierra, nada más que la tierra desnuda y palpitante... ¿Veis donde se asentará nuestra ciudad? ¿Veis donde se elevarán nuestras torres y nuestras cúpulas? ¿Veis donde se perpetuarán nuestros frisos, nuestras figuras, nuestros emblemas? ¿Veis donde sonarán nuestras músicas, donde se cantarán nuestros cantos? ¿Veis donde se abrirán nuestras plazas, llenas de nuestras muchedumbres, al pie de nuestros monumentos? ¡Amigos míos, amigos míos!: en nosotros está todo eso. De nosotros surgirá todo eso.

XII

En nosotros están, íntegros y latentes, esas torres y esas cúpulas, esos frisos, esos cantos, esas estatuas, esos gestos y esas muchedumbres. Esa ciudad está en nosotros como el árbol está en la semilla, como el orbe en la Mente de su creador. En nuestra mente y en nuestra semilla están el árbol y el orbe de nuestro Destino.

Sudamérica es un gesto de nuestro brazo, una gota de nuestro semen, un pensamiento de nuestro Espíritu. Nosotros mismos somos gérmenes; nosotros mismos nos sembraremos para brotar.

XIII

Llegar al punto en que se levanta este Libro, subirse a él, encaramarse sobre él, sostenerse de pie en su piedra más alta, contra el mareo de la altura y contra el viento racio que susha en los oídos, arrebató las palabras de la boca y nos empuja hacia atrás; subir la empinada y riscosa cuesta de este Libro, aguantarzo sereno, de pie sobre él y mirar delante de sí con arrogancia, alrededor, allá abajo, allá lejos, al norte, al sur, al este, al oeste, a todos los países, a todas las civilizaciones, a todas las obras, a los cultos, a las doctrinas, a los hombres, a las ciudades, al pasado y al presente, es sentirse trasmutado a sí mismo en otro hombre, más libre, más profundo, más valeroso, más entusiasta.

Aquí se pierde el miedo: Hombres sin miedo necesitamos para la gran Empresa. Aquí se gana el anhelo: Hombres anhelantes necesitamos para la gran Empresa.

Que todos se sostengan de pie sobre este Libro y miren firmemente al Horizonte.

Jornada Segunda

XIV

Atención, compañeros. Parad bien las orejas. Haced silencio para que suene la Palabra, para que el canto se oiga.

Parad ahora la charfa de los discursos y de las disputas; parad las risas del jolgorio, parad las lamentaciones de la tribulación, parad las protestas de la lucha. Cese, sí, todo ruido y turbulencia: escuchad la Palabra que más os importa.

Tengo cosas muy grandes que deciros. Traigo para vosotros un terrible Mensaje. Soy un chasqui que llega desde lejos, que ha corrido toda la noche para traeros palabra del Espíritu.

XV

Vengan todos los hombres de esta América porque tengo palabra del Espíritu. Oigan todos los hombres de esta América las palabras que son de todos.

Este no es un errante payador, que va a cantar al son de su instrumento larga historia de hazañas y de amores. Ni suena entre mis labios la

solitaria kena, cuya dulzura lleva en las montañas la queja de los yaravies.

Yo no parto aventuras ni desventuras. No lamento de mí sino de vosotros. No traigo al brazo la vihuela armoniosa sino el rudo tambor de las batallas.

XVI

Suene el rudo tambor en urgentes redobles, convocando a todos los hombres del Continente. Parad los trabajos, los estudios y los placeres. Dormidos, despertad.

Trabajadores, dejad por una hora los martillos, las hocas, las azadas, los yunques y las ruedas. Estudiantes, dejad por una hora los textos y las aulas, cerrad los libros, guardad las citas bajo llave para que no se escapen tras vosotros. Enamorados, dejad el balcón de los coloquios, desprended del abrazo profundo, sacudid en el viento la cabellera de las queridas. Poetas, parad los delectuosos juegos de las rimas. Artistas, dejad los pinceles y la arcilla. Ciudadanos, detened las discusiones de los clubs y de los parlamentos. Negociantes, levantad las cabezas de los libros de caja.

¡Oid la Palabra que más os importa, la gran Consigna de este Alzamiento.

XVII

Para todos es la Palabra que digo, esta Consigna es para todos. Trabajador, para ti el más fuerte trabajo; estudioso, para ti el más arduo

estudio; enamorado, para ti el más profundo amor; poeta, para ti el más perdurable canto; pintor, para ti el cuadro más viviente; escultor y arquitecto, para ti el monumento más imperecedero; ciudadano, para ti la política más trascendente.

Esta Palabra que digo, este chasque que traigo, este canto que entono, están, sí, por encima de todo trabajo, de todo estudio, de toda poesía, de todo monumento, de toda política, porque atañen al fundamento de todas estas cosas, a la razón y al fin de todas nuestras acciones, al sentido mismo de nuestras vidas y a nuestro destino en cuanto americanos — que así os llamo, hombres de Sudamérica.

XVIII

Yo quiero hablaros del sentido de nuestras vidas y de nuestros destinos en cuanto americanos.

¡Pero podéis separar vuestros destinos de hombres y de americanos? ¡Creéis que el haber nacido aquí, en este Continente, sea un hecho sin sentido, sin trascendencia, sin finalidad? ¡Creéis que hay hechos sin finalidad y sin sentido? ¡Creéis que se nace por azar? ¡Creéis en el azar?

América: nuestros destinos y el destino del Continente son un solo destino. Nosotros somos los órganos del Continente; el Continente es nuestro gran órgano. Por nosotros, él será. Por él, nosotros seremos.

XIX

Al hablaros del sentido de nuestras vidas y de nuestros destinos en cuanto américs, hablo de nuestras vidas y de nuestros destinos en cuanto hombres. Nosotros y el Continente somos términos inseparables. Somos como el Espíritu y el Cuerpo.

No somos américs por el vano azar de haber nacido en este lugar del mundo que llamamos América. Somos américs por la profunda y trascendente condición que implica, para todos y cada uno de nosotros, el nacer en este Continente; por la posición única en que este nacimiento nos coloca, a todos y cada uno de nosotros, dentro de la Humanidad; por el sello genuino de identidad con que, a todos y cada uno de nosotros, nos marca este nacimiento; por la destinación con que este nacimiento nos señala en la Historia—a todos y cada uno de nosotros.

XX

Yo hablo del sentido de nuestras vidas y de nuestros destinos en cuanto hombres; y hablo, por tanto, de cada uno de nosotros, en su conciencia y en su acción; y hablo de nuestras actividades todas, de nuestros trabajos, de nuestros estudios, de nuestros amores, de nuestra poesía, de nuestras artes, de nuestra política, de nuestros negocios.

Porque los trabajos, los estudios, los amores, los cantos, las artes, la política y los negocios de Sudamérica, han de tener como nosotros mismos

un carácter, un sentido, un fin, han de cumplir como nosotros una destinación.

Yo os hablo, pues, del trabajo de los trabajos, del estudio de los estudios, del amor de los amores, del arte de las artes, del canto de los cantos, de la política de las políticas. Os hablo del sentido y de la dirección de toda conducta y de todo esfuerzo. Os hablo del fundamento y del fin de nuestra vida.

XXI

Ninguna palabra es, para nosotros, más importante que esta palabra; ningún problema es más fundamental que este problema; ningún deber es más imperioso que este deber; ninguna labor es más fecunda que esta labor; ningún ideal es superior a este ideal; ninguna necesidad es más urgente que esta necesidad.

Estamos en la encrucijada de todos los caminos del Mundo; se trata de tomar el camino. Se trata de saber quiénes somos y a dónde vamos. Se trata de definir una conciencia, de descubrir la propia ruta, de afirmar los propios principios, de asumir una propia actitud. Se trata de ser o de no ser.

Jornada Tercera

XXI

Ved, pues, que esta Palabra que yo digo no es palabra de paz sino de guerra. Ved, pues, que este canto que entono no es canto de dulce sino de acción.

Ved, pues, como no es este un payador errante, sino el viento del atardecer su pena solitar. Ved como esto que suena entre mis manos no es vihuela harmónica sino tambor marcial.

Yo, yo no vengo a deleitar ni a conmover. No busco aplausos sino voluntades. Que los que venigan, vengan con sus caballos y sus armas. Yo soy uno que anda por los pueblos alzar do gente para una gran Campaña.

XXII

Pero que entiendan bien, esto que digo no va a porque va la diga. ¿Quién soy yo?, uno de la multitud. Esto vale por su propio valer. ¿Qué importa el que habla?, ¿acaso habla por sí?, ¿acaso exige que lo creáis porque es él?, ¿acaso presume autoridad sobre vosotros?, ¿acaso quiere erigirse en vuestra candela?



Juzgad a la razón, no a quien la dice. No juzgéis
caso de nombres, sino de ideas. Olvidad, por
tanto, atender al Mensaje. Dejad pasar la criatura
morta, retened la inmortal Palabra.

XXIV

Entended que no hablo por mí, ni en mi nombre,
sino que hablo por todos y en nombre del Espíritu.
Es vuestro pensamiento lo que aquí se manifiesta.
Es vuestra palabra la que aquí se pronuncia. Yo
no soy sino un intérprete, un vocero, uno que sin-
tió en sí la oviniencia del recóndito anhelo común,
uno que se adelantó para decir lo que está en todos.

XXV

Porque yo no existiría sin vosotros. Os debo la
vida y la palabra. Soy vuestro efecto. Vosotros
me proyectáis como la onda a la piedra, como el
arco a la flecha. Yo no soy sino una piedra lan-
zada hacia el futuro por la honda de vuestro Anhe-
lo, yo no soy sino una flecha lanzada a la poste-
ridad por el arco de vuestro Destino.

XXVI

¿Yo soy ahora un individuo? Tengo nombre,
edad, familia, profesión? Verdaderamente, este
que habla es uno que vive en tal calle, que tiene
tal figura, que ejerce tal empleo, que es tal
este o de aquel, que va y que viene.

No, este que habla no tiene nombre, ni figura,

ni familia, ni casa, ni empleo, ni amigos,
ni va ni viene: no es un individuo, es una voz.

Si al oírme decís *yo ya he pensado eso*, dais
así testimonio de mi pensamiento. Si al oírme
decís, *eso es lo que yo digo*, dais así testimonio
de mi palabra.

Nada de lo que hay en mí es mío: todo me lo
dais vosotros. Yo soy como un espejo natorio que
concentra y refleja la inmensa palpitación.

XXVII

Yo estoy frente a vosotros como un espejo na-
torio que concentra y refleja la inmensa palpi-
tación. Si hay en mí cosas que aún no son visibles
en los hechos, es que yo reflejo no sólo lo que es
visible sino también lo que es invisible todavía.
Yo reflejo, ante todo, lo que es aún invisible para
los ojos, pero existe en potencia dentro de nos-
otros. Yo reflejo, ante todo, lo que está aún la-
tente y ha de manifestarse.

XXVIII

Si esto que digo es brillante y la realidad es
opaca, si la palabra es audaz y el hecho tímido,
si la afirmación es grande y las circunstancias
pequeñas, si los mismos de quienes y a quienes
se habla la desconocen y renuncian, es porque
yo reflejo lo que está aún latente y no es lo que
se ve. Que se oculta debajo de las apariencias, lo que
se oculta tras el hecho actual, lo que es substancial
nosotros: el destino mismo se oculta tras
esta palabra. Esta es una palabra de devenir.

XXIX

Y si a veces hablaréis en lo que digo cosas
útiles, cosas que no son de lo
bajo sólo de lo exterior, que es fácil de tomar,
sino también de aquellos en que se fundamenta lo
exterior y es arduo de entender.

Así, de las cosas que digo, unas son para todos
y otras son para algunos. Que cada cual tome la
parte que le corresponde.

Lo más externo es para los externos, lo más
sutil es para los sutiles. Lo externo es de los me-
nos, lo sutil de los menos. Pero a los menos corres-
ponde el deber mayor porque suyo es el mayor
poder.

XXX

Mas, no olvidéis que todo cuanto digo sea fácil
o difícil, sea para todos o para algunos, no es sino
un fruto del latente pensamiento común, que yo
he sentido madurar y caer dentro de mí, como
uno de vosotros.

Es la flotante aspiración que aquí se ha de-
jado. Es la nube que aquí se ha condensado en
luz. No tiene autor esta Proclama: todos sois
los autores. No es la palabra del que habla sino
la Común.

Jornada Cuarta

XXXI

Juventudes del Norte y del Sur, del Este y del
Oeste; juventudes del Plata y del Orinoco, de
Atlántico y del Pacífico, juventudes rubias y mo-
reñas, juventudes inquietas y confusas de la Amé-
rica Nueva, ¡en marcha!

Criollos de las estrías, o de zarcos ojo gol-
dado de la estirpe remota de Viracaya; activas
proles del inmigrante itálico; rubios metos del
atl. enérgico; diolos del prodigio mestizaje
sensuales y vivaces mulatos; quinolanas y aztecas,
huellos del bronce antíoqueno; hijos de todas las
razas y de todos los pueblos, que acoge, confunde
y renueva el regazo solar de esta América, ¡en
marcha!

XXXII

Aquí no se pregunta a nadie de dónde viene.
Sean nuestros ascendientes indígenas o criollos
o ibéricos o sajones o itálicos o mulatos, es lo
mismo para nosotros. Sólo una cosa queremos
saber: si vus a donde nosotros vamos. Solo

hacer una pregunta si queráis lo que nosotros queremos.

Nuestro fin no está en el pasado sino en el futuro. Venimos de todos los puntos de la tierra, de todas las razas y los pueblos, para converger hacia un Destino.

Nuestro Fin es nuestra Ley. Nuestra Voluntad es nuestro Patrimonio. No tenemos más vínculo que el Ideal.

XXXIII

Se oye el clarín de la madrugada. Su largo toque agudo, hace vibrar el aire hasta las lejanías de las montañas y de los cerros de los cerros, de los cerros.

Somos los forjadores de la sublime Historia.
Somos el ejército de la nueva Emancipación.
Somos los montoneros del Ideal.

Vamos a conquistar la libertad espiritual del Continente. Vamos a renovar, en tierras nuevas, aquella empresa guerrera de la Emancipación. Vamos a librar nuevas batallas para un más alto y singular destino.

XXXIV

Aquella de los patridas de Mayo, aquella de Martí y de Ayacucho, aquella de Bolívar, fué la emancipación de los Estados: ésta es la emancipación de la Conciencia.

Aquel es el fundamento de esta; mas, sin esta es aque la infecunda y vana cosa. Esta explica,

con ella y sublimiza aquella. Esta da a aquella un fin más trascendente y un sentido más alto para la Historia. Esta es aquella misma, renovada, en un más alto plano, para más altos fines.

XXXV

¿Qué cosa es — ¡oh gayas juventudes! — la libertad política de esta América si no entraña o produce la libertad del alma americana? ¿Quién es bastante torpe para afirmar que esta independencia política sea para nosotros, los americanos, toda la independencia?

No, nosotros lo sabemos y vosotros lo sabéis también, por eso es más alta esta independencia que la política es solo el primer paso de la independencia que queremos, la consecución primera, el camino hacia la independencia.

XXXVI

Sabed — Naciones y Razas del Mundo — sabed, yanquis y europeos — sabed — latinos y sajones — que nosotros, los hombres de esta América, sea cual sea la suerte y nuestro pelo, queremos conquistar la autonomía espiritual del Continente.

Sabed que esta independencia política que hemos conquistado, no es nuestro fin sino nuestro medio. Sabed que ahora vamos a emprender la nueva y más alta emancipación: la de nuestra Conciencia. Sabed que vamos a levantar sobre la autonomía política, el edificio de la autonomía espiritual.

XXXVII

Sabed si, Pueblos y Estados del Mundo, progenitores nuestros, ilustres padres y abucios, que nosotros, los jóvenes de esta América, no queremos ya más vivir de vuestros Mitos, de vuestras Tradiciones, de vuestros Pensamientos, de vuestras Formas, de vuestros Hábitos.

Sabed, si, Pueblos y Estados del Mundo, que nosotros, los jóvenes de esta América, queremos tener nuestros Mitos, nuestras Tradiciones, nuestros Pensamientos, nuestras Formas y nuestros Hábitos.

Sabed que no queremos vivir ya de regalo, sino ser forjadores y dueños de nuestra vida.

XXXVIII

Ya no más, ya no más, — pueblos de Europa, pueblo de Manathán — nuestras ideas vivirán de vuestras ideas, nuestras letras vivirán de vuestras letras, nuestras artes vivirán de vuestras artes, nuestros modos vivirán de vuestros modos. Ya, no más nuestra civilización será un vano remedo de vuestra civilización; ya, no más nuestra vida será un vago reflejo de vuestra vida.

Ya, no más — ¡oh hermanos de la Europa y de Manathán!, oh hermanos potentados e ilustres a quienes tanto debemos. — Ya no más

XXXIX

Ya, no más, — esta es nuestra suprema resolución, — nosotros, los jóvenes Estados de esta América, viviremos de la hermosa cultura encajonada que nos llega desde vuestras ciudades, hinchando las bodegas de los transatlánticos — ¡oh naciones antiguas de la Europa!, ¡oh joven y aironadora Manathán!

Ya, no más, — vednos aquí de pie — el esfuerzo de los hombres de Sudamérica, será hacer de sus ciudades menguadas reproducciones de vuestras ciudades; ya, no más la vanidad de los honores de Sudamérica, será hacer de sus vidas un remedo pueril de vuestras vidas.

Ya, no más coloniaje espiritual: esta es nuestra suprema resolución.

XL

Ya, no más, nosotros, los jóvenes hijos de las viejas razas, los nacidos en esta tierra, bajo la Cruz Austral, pensaremos, hablaremos y obraremos como nuestros progenitores de la Europa, como nuestros tutores de Manathán.

Ya, no más, seremos españoles, ni franceses, ni italianos, ni sajones. Ya, no más, pensaremos ni hablaremos ni obraremos como sajones, como italianos, como franceses, como españoles.

Queremos pensar, hablar y obrar como americanos. La conciencia de la americanidad ha despertado en nosotros.

Queremos, — ¡oh pueblos!, pensar con nuestras cabezas, hablar con nuestra lengua, obrar con nuestro acento. Queremos ser nosotros mismos, no sombras ni reflejos de otros.

Queremos — ¡oh Pueblos!, que nuestras ideas, nuestras instituciones, nuestros cánulos, nuestros monumentos, nuestras costumbres, sean nuestros en verdad, sean forjados por nosotros, no a vosotros comprados. Queremos que nuestra civilización sea fruto de nuestro propio esfuerzo, de nuestra propia facultad de vida, no regalo ni préstamo de vosotros.

¡Viejos pueblos, decidnos: ¿es acaso demasiado lo que queremos? ¡Graves Padres y Doctores, decinos: ¿acaso lo que queremos va contra la ley de Dios?

XLII

Queremos ser americanos ante todo. Ya, no más seremos sino americanos. Hijos de todas las razas, crias de todos los pueblos, mestizos de todas las argües, cachorros de todas las leches, nosotros, los nacidos en estas tierras, somos americanos, nada más que americanos.

Vos amos desligado de toda procedencia; sin agra, de toda fidelidad de parentesco. Un delirio más alto e imperioso nos desliga de toda fidelidad.

En todos nosotros arde una misma llama, pal-

para un mismo anhelo. Esta llama nos refunde, este anhelo nos unifica.

No somos ni hispanicos ni galicos ni italianos ni sajones, somos americanos, nada más que americanos. Y los galicos han de ser, no hispanicos, no galicos, no italianos, no sajones, nuestros corazones, nuestros ideales, nuestros actos y nuestras obras. La conciencia de nuestra unidad ha despertado en nosotros.

XLIII

La conciencia de la americanidad ha despertado en nosotros — ¡oh, Naciones provecas y poderosas, cuyos son nuestros padres y abuelos! El centro del Mundo está ahora para nosotros en Europa ni en Manhattan: está aquí, en esta América. El Americano es el que pertenece a la tierra americana, a la tierra de Merá, fortaleza del Grande Espíritu.

Ya no somos un arrabal de Europa: el mundo gira ahora en torno nuestro. De hoy más, — así lo hemos resuelto, — el mundo gira en torno de nuestro destino. Las razas, las naciones, las civilizaciones, las artes, las ciencias, las filosofías, y las constelaciones, giran en torno nuestro.

Jornada Quinta

XLIV

He aquí el Principio que es nuestro fundamento; he aquí la Doctrina que entraña nuestra aparición.

Nosotros la proclamamos a las cuatro vistas de la tierra, como la razón de nuestra propia actitud y para que ella pueda servir de razón a todos los hombres, a todos los pueblos que quieran levantarse tras de nosotros, o que quieran llegar adonde nosotros, aun más allá que nosotros.

XLV

No limitamos a nosotros este Principio. Lo extendemos al Hombre. Este es un principio fundamental y los principios fundamentales pertenecen al Hombre, a cualquier hombre, en cualquier tierra y época en que viva.

Esta Doctrina que afirmamos es doctrina para todos los hombres y no sólo para nosotros, los americanos. Pero nosotros la afirmamos en la palabra y en el hecho como el fundamento de nuestra actitud, y por ello esta es nuestra Doctrina.

XLVI

He ahí un Pueblo — ¿conoceis este Pueblo? — He ahí una comarca — ¿conoceis esta comarca? — ¿donde se han llevado todas las cosas que forman esa magnífica complicación y brillante de la civilización de Europa?

He ahí grandes hoteles, avenidas de asfalto, veloces automóviles, edificios elegantes, costumbres de la Francia, Instituciones de la Inglaterra, las costumbres de la Alemania, Arte de la Italia, Literatura de París.

Y todos dicen: he ahí un Pueblo culto, he ahí un Pueblo civilizado. Y este Pueblo se ufana y regocija, y dice para sí y para los otros: nosotros civilizados.

Mas nosotros decimos: aberración.

XLVII

Nosotros decimos que todo esto es una exterioridad y engañadora apariencia. Ese Pueblo representa la comarca de la civilización mas no es civilización en verdad. Ese Pueblo representa un personaje que, vestido en traje de carácter, se mueve entre tanta las decoraciones con gestos convencionales.

Pero el cómic no es el hombre, pero la comedia no es la vida. Ese Pueblo posee todos los modos y las formas externas de una civilización, pero carece de la conciencia propia que da sentido y forma a las civilizaciones.

XLVIII

Nosotros decimos que una Civilización no es una cosa complicada, sino un estado de conciencia del hombre. Decimos que una civilización no es una cosa exterior como un vestido, sino una realidad interior y substancial. Decimos que las civilizaciones y las culturas de los Pueblos no hacen en la adopción y ni en el renuevo de estas o aquellas modas, de estas o aquellas formas, sino en la facultad de manifestarse a sí mismos en las formas y en los modos.

XLIX

Nosotros decimos que las cosas que no son propias de una lengua no se tienen. Decimos que vale más el rudimento de cultura propia que la imitación de la cultura de imitación. Decimos que vale más ser primitivos en lo propio que refinados en lo ajeno. Decimos que vale más equivocarse en lo nuevo que acertar en la repetición. Decimos que vale más andar a tambor por el camino propio que ir a pie por los caminos de los demás.

L

Nosotros decimos que el espíritu de los pueblos ha de ser semejante a un crisol, donde todo cuanto se fuerza venga se funde, para ser conformado en moldes nuevos, reaparecer con otras formas.

Nosotros decimos que las formas y modos de las civilizaciones, artes, letras, doctrinas, instituciones, hábitos, llevadas por las corrientes de un

A otra parte, han de modificarse, han de ser conformadas según moldes distintos, han de redimirse con un caño de propiedad. Y decimos que en esta mayor o menor facultad de apropiación y de renovación de un pueblo, respecto a aquello que de fuera le viene, está su mayor o menor poder efectivo de civilización.

LI

Y decimos nosotros que, si las formas y modos levitados de unos pueblos a otros, de unas a otras naciones, no cambian, no se refunden, no muestran nuevos aspectos, no adquieren nueva personalidad, esas, teniéndolo por seguro, son vanas formas, modos externos; y el pueblo que a ellas se asimila sin apropiárselas, renovándolas, es un pueblo que en su conciencia no se halla, no, en estado de civilización. Y esto es así, por más fiel y perfecto que sea el remedo de las formas y modos. Porque sólo es remedo y apariencia lo que no se asimila y cobra forma nueva.

LII

Ved, hermanos, ese viejo maestro de pintura, que se sienta a sus discípulos adolescentes, poniendo ante ellos fríos moldes de yeso, ojos, pies, torsos y manos, para que ellos los veyan copiando fielmente en su papel. ¿Es éste un buen maestro? No, éste es un mal maestro, éste es un pobre diablo sin sentido del arte, éste es un esterilizador de corazones, éste es un embalsamador de cadáveres.

Ved, ahora, ese otro maestro, que pone a sus discípulos adolescentes frente a la naturaleza viva, a las formas animadas y cambiantes, a la realidad palpante y directa para que ellos la sientan y se apropien a su albedrío, para que tengan la emoción inmediata de las cosas vivientes y se esfuerzen, con la ayuda de su sabio consejo, en expresar en su dibujo todavía inseguro, las concepciones propias y personales. Este es el buen maestro, éste es el ensucador de individualidades, éste es el verdadero artista y pedagogo, que sabe que lo primero es despertar en cada criatura aquello que tiene de Dios, la individualidad.

Y esto que se dice del Arte se dice de la Cultura toda, y esto que se dice del maestro y de los discípulos, se dice de los pueblos y de la civilización.

LIII

Una vez, hace siglos, fué dicho al hombre la Paropa. La Religión no consiste en el rito ni en el dogma; se puede ser profundamente religioso sin cumplir ritos y sin acatar dogmas. Cada hombre puede estar en relación directa con Dios por medio de su propia conciencia. Dios es para cada hombre tal como él lo concibe y lo siente. Cada hombre debe entender la Doctrina según su razón y adorar a la divinidad según su entendimiento. Así la conciencia del hombre fué emancipada.

LIV

Y otra vez, ahora mismo, es dicho al hombre Sudamérica. La Civilización no consiste en las

formas ni en los modos establecidos. Se puede ser altamente civilizado, sin reproducir copias de las formas y modos establecidos, y aun contra todos los modos y las formas establecidos. Cada pueblo no es al arbitrio de su cultura, debe cultivarse en modos propios. No hay mas civilización que la civilización propia. No hay mas cultura verdadera que la cultura original.

¡Val la conciencia de los pueblos es una repaña.

LV

¿Qué es — ¡oh hermanos! — el genio de una civilización? ¿Qué es, — ¡oh Pueblos! — el espíritu de una cultura? ¿No es aquello de lo cual procede todo, en que todo se fundamenta, la raíz y la clave de todo su desarrollo? ¿Puede haber una civilización sin genio propio? ¿Puede haber una cultura sin espíritu original?

¿Qué es, pues, una cultura, qué es, pues, una civilización sino un organismo vivo y actuante, en el cual todo responde a un principio y lleva una función, que sirve a un fin de evolución como un árbol con sus raíces, su tronco, su fronda, sus flores, sus frutos?

Así es, así es, nadie lo duda. Una civilización sin genio propio no es, no puede ser, no será jamás, una civilización. Es una máquina complicada, sin alma, es un mecanismo sin vida. Es un amontonamiento confuso de formas huecas, de cascarras de civilización.

LVI

Así es. Todas las formas y los modos externos de las civilizaciones, sus leyes, sus artes, sus doctrinas, sus trabajos, sus costumbres, sus errores, sus vicios, no son sino manifestaciones de su genio, no son sino manifestaciones de su espíritu, no son sino órganos y miembros en que vive y actúa. Mas, todas esas cosas separadas de él, son cosas sin sentido, son formas muertas, meras formas cascaras huecas, apariciones y vanidades.

Y es por esto, es por esto, ¡oh, hermanos!, que a pueden ni deben ser tomadas las formas y los modos externos de las civilizaciones. Y es por esto, es por esto, que el transporte y remodeo de las formas no crea civilizaciones. Y es por esto que toda forma y modo debe brotar de la raíz, debe ser el alma viva y el espíritu que se manifiesta en la apariencia sin ser el alma ni el espíritu original.

LVII

Si no es propia, ¡oh, pueblos!, toda cultura es ajena, toda forma y modo es toda civilización. Y todo el por seguro que, mientras el genio de una civilización no haya nacido, mientras no haya despertado la personalidad, son en vano, en vano, en vano las leyes, las artes, las letras, las ciencias, las industrias y las modas de representación.

Son en vano, en vano, en vano, los hoteles sumptuosos, las avenidas de asfalto, los parques verdosos, las estatuas de los muertos, los ruidos de los automóviles, los trajes de París, el té de los

queco, las comedias francesas, las instituciones sazonas, los cabarés nocturnos, las academias de artes y las catedras de literatura

Porque todo eso es el vano ruido de la civilización. Porque todo eso es la inútil y como una faraa de la oscuridad

LVIII

Una sola cosa es necesaria ante todo: raíz propia, espíritu original. Una sola cosa es, sí, necesaria antes que todas las cosas: despertar al dios.

De esta cosa nacen todas las demás cosas. Si esta cosa existe, todo puede existir; mas sin ella, nada tiene existencia en realidad.

Si el dios existe, si el espíritu está despierto, si el genio actúa, todo se crea y se desarrolla por su virtud. Mas si el dios no existe, si el espíritu no está despierto, si el genio no actúa, todo es superficial, efímero e inconsistente.

Sólo una cosa es necesaria ante todo: aquella que es el principio, la raíz y la norma de todas las cosas: despertar al dios.

Jornada Sexta

LX

¿Qué es lo que queréis tan imperiosamente? ¿Qué es lo que buscáis con tan subelante desvelo? Nos preguntan, perplejos y alarmados, los hombres de Europa. — ¿Queréis el Progreso?

No, no, no es el Progreso lo que más queremos, — responden nuestras bocas, mientras siguen nuestros ojos fijos en el horizonte.

No buscáis ante todo la Libertad, la Igualdad, la Fraternidad, el Orden y la Dicha de vuestras Naciones?

No, no es la Libertad, ni la Igualdad, ni la Fraternidad, ni el Orden, ni la Dicha, lo que nosotros buscamos ante todo.

Es, pues, la Riqueza lo que más queréis? ¿es la Industria, llenando con su rumor el Continente, y el Comercio, llenando con sus productos los mercados del Mundo?

—No, no es la Riqueza, ni la Industria, ni el Comercio mundial lo que nosotros más queremos.

Y la Europa se queda mirándonos con sus ojos de aguará vieja, entre perpleja e irónica.

LXI

Y tornan a preguntarnos los hombres de Europa. — ¿Lo que más queréis es, acaso, la Fuerza

el poder de los ejércitos, es el imperio político de vuestro Continente, es el dominio de la Tierra!

No, no es la fuerza, ni el poder de los ejércitos, ni el imperio político, ni el dominio de la Tierra lo que nosotros más queremos.

—Ea, tal vez, la dirección intelectual del Mundo lo que más queréis!; ¿lo que buscáis, es que vuestras ideas, vuestras letras y vuestras artes, conquisten por su irradiación solar a todos los pueblos?

—No, no es la dirección intelectual del Mundo lo que más queremos, no, lo que buscamos ante todo no es que nuestras ideas, nuestras letras y nuestras artes, conquisten por su irradiación solar a todos los pueblos.

¿Qué es, entonces, lo que más queréis? ¿nos turbáis estos o incomprensibles? — ¡Qué es o que buscáis, ante todo!

—Lo que nosotros más queremos es ser nosotros mismos. Lo que buscamos, ante todo, es el camino que ha de llevarnos a donde tenemos que ir.

LXI

Si, lo que nosotros más queremos es ser nosotros mismos. Lo que buscamos, ante todo, es el camino que ha de llevarnos a donde tenemos que ir.

Queremos más que todo, aquello que es la raíz de toda Entidad. Buscamos, ante todo, aquello que es la causa y la norma de todas las cosas.

¿Qué es o qué es lo que buscáis, ante todo? ¿una existencia propia ni sentida? Responde.

todo, aquello que da existencia y sentido a todas las cosas.

Madre Europa, vieja aguara, ya es harto oculto nuestro secreto.

LXII

Pueblos hay, lo sabemos, pueblos de este o de otros continentes, donde esta cosa que llamamos Civilización, se halla en toda su exterior plenitud, pueblos nuevos de este o del otro hemisferio, cuyos nombres se callan, donde todo es igual que en los grandes pueblos, y en cuyas vastas y modernas ciudades, crecía el via, callarse en las ciudades ilustres.

¿Cuanto ha inventado y desarrollado la civilización de Europa, está en ellos. La vida de esos pueblos es conforme a las modernas formas de gobierno. La vida de esas ciudades es confortable y sana. Se goza en esos pueblos de todos los derechos, se disfruta en esas ciudades de todos los adelantos.

LXIII

Si, lo sabemos. Las gentes de esos pueblos son felices. No hay allí quien no tenga lectura y cultura. La Industria ha dotado a esa gente de todos los comodidades, y grandes matos crecen.

Las gentes de todo el Mundo. Por el día se trabaja con orden en fábricas y oficinas; por la noche se van a ver comedias o conciertos de música o a conversar al club, o a folgar en los cafés. Los hombres son educados. Los mujeres son...



Hay también, entre ellos, gente que pinta, o que compone música; los hay que hacen discursos y novelas, y hasta los hay que a veces hacen versos.

Sí, lo sabemos, en esos pueblos hay tal hay en los grandes pueblos, en esas ciudades erra el viajero hallarse en las ciudades vuestas.

LXIV

Sí, lo sabemos. En estos pueblos están todas las cosas que están en aquellos pueblos, todas las cosas menos una cosa. En estas ciudades están todas las cosas que están en aquellas ciudades, todas las cosas menos una cosa. Y esta cosa es el Alma.

Hasta cosa es el alma que no está en estos pueblos, que no está en las ciudades de estos pueblos. Pueblos sin alma son, como grandes bazares y almacenes, y gentes son sin alma, como cosas mecánicas, que hacen todo lo que hacen las gentes.

LXV

Ciudades son, sin alma, como grandes bazares y almacenes, muy ordenados y confortables, sí, llenas, sí, de riqueza, de actividad y de arte, pero en cuyos hoteles de muchos pisos el Espíritu no encuentra posada.

Gentes sin alma son, como cosas mecánicas, que no tienen raíces ni en el cielo ni en la tierra; y la vida es entre ellas como un vino ebrio, como comida sin sal, como pan sin levadura. Porque el Espíritu es, como la dijo Uno, la sal de la

Tierra; porque el Espíritu es, como aquí lo decimos, la levadura del Mando.

LXVI

Sí, lo sabemos. Eden de la memoria incolora, cielo de los maternistas, paraíso terrenal de los sociólogos, esos pueblos y las ciudades de esos pueblos no darán jamás de sí, ni héroes, ni genios, ni santos, ni artistas, ni guerreros, ni mártires, ni profetas, ni monstruos. Ni el rojo de la pasión, ni el azul del éxtasis, ni el blanco de la pureza, ni el negro del horror. Todo en ellos es gris indecible.

Por sus caminos llanos no pasará jamás Don Quijote, ni Fausto alguno venderá su alma al Diabolo por los del Concubinato. Nunca, en la noche, se oirá el grito de angustia de un Manco. No ondeará al viento la bandera trágica de un Muertero. Ni Cristo, ni Nerón pueden nacer en ellos. Y no dejan posteridad.

LXVII

¿Por qué no mora, pues, el Espíritu en esas ciudades? ¿Acaso es que el Progreso sea una cosa menuda del Espíritu? ¿No puede, acaso, tenerse todo eso y tenerse también el Espíritu?

¡Oh, amigos!, no es, no, que el Espíritu y el Progreso sean enemigos, antes bien el Espíritu es lo que mueve al hombre y desarrolla todas las cosas del hombre; porque, en verdad, lo que progresa en el hombre es el Espíritu.

Pero el Espíritu es impetuoso y se manifiesta en

... y así es que no puede formarse donde
está sino aquello que es el mismo encarnado en
estas cosas. Y esas culturas memorias, esas civiliza-
ciones sin personalidad, no son posibles donde
capera el Espíritu, porque él lo refunde y lo mol-
dea todo en sus fuegos

LXVIII

No, no, no, nosotros no queremos ser de esos
pueblos, nosotros no queremos que sean así nues-
tras ciudades. Porque esa es la civilización que
se compra con el dinero, y que tiene más aquel
que más compra, y que tiene mejor aquel que
mejor paga. Porque esa civilización es cosa que
se compra en los mercados de Europa, y nosotros
queremos, ante todo, aquello que no se compra

Nosotros queremos aquello que se engendra y
se desarrolla, aquello que es fruto de vida; aque-
llo que tiene sangre nuestra, pensamiento nuestro.

... aquello que es concebido con
... parido con dolor y con alegría

LXIX

Nos juzgáis bien o mal, desde ya decíar no.
Nosotros no queremos ser ese paraíso de los sori-
egos. No venderemos nuestra alma a cambio del
Progreso. No seremos civilizados a cambio del
Espíritu. Antes querríamos tener el Espíritu y el
Progreso que tener el Progreso sin el Espíritu

LXX

Porque la Vida no es para nosotros, precisa-
mente eso que se llama el Progreso. Y no es que
rechacemos el Progreso, ya lo sabéis. Ley vital,
... los seres es el Progreso, que desarrolla el ser
de dentro a fuera. Si entendéis por progreso la
propia evolución, nosotros somos los grandes pro-
gresistas, porque nosotros queremos, ante todo, la
propia evolución. Mas si entendéis aquella cosa
que es de comprar, aquella cosa externa, conven-
cional y mecánica, entonces, decimos que eso no
nos importa

LXXI

Porque la Vida es, para nosotros, ante todo y
sobre todo, Espíritu. Y el Espíritu en los pueblos
es personalidad. Pueblo sin Personalidad es pue-
blo sin Espíritu. Y pueblo sin Espíritu es pueblo
muerto

Muerto, sí, aunque se agite y multiplique y
enriquezca y se apropie todo el progreso del Mun-
do, inerte, sí, porque se agita en vano, y en vano
se multiplica, y en vano se apropia todo el pro-
greso del Mundo, muerto, sí, porque vive de una
existencia superficial y externa; muerto, sí, por-
que carece de raíces y pasa sin dejar nada de él.
muerto, muerto, muerto, porque la única vida ver-
dadera es la que tiene raíces en el Espíritu

LXXII

Y no digais,— ¡oh, prudentes Doctores! que esto no impide aquello. No digais por ahora consagrémonos al Progreso, ya, algún día, ve... a Personalidad. No digais pensemos en lo que es positivo, tiempo hay después para pensar en lo otro.

No digais esto, porque es vana ilusión y manía contentamiento, no digais esto, por la desdicha de América y de la Vida; no digais esto, por que es renuncia del Deber y huida con paso veloz de otros caminos.

LXXIII

¡No sabéis que es en vano cuanto hagais, si el Espíritu no está presente! ¡No sabéis que si el Espíritu no es quien obra, cuanto hagais es hecho en la arena! ¡No sabéis que cuando el Espíritu despierta nada de lo que habéis hecho quedará hecho! ¡No sabéis que cuando el Espíritu entra en acción será como un viento que se llevara la obra, como un fuego que os consume.

Decid mejor: Ante todo hay que revelar el Espíritu; ante todo hay que despertar la Conciencia; ante todo hay que forjar la Personalidad. Pongámonos a este fin todo el esfuerzo. Cuando lo hayamos conseguido, todo lo demás vendrá después.

Jornada Séptima

LXXIV

Hay, sí, un legado histórico; hay, sí, un patrimonio universal, hay, sí, el esfuerzo acumulado de los siglos; hay, sí, la experiencia inagotable de las generaciones; hay, sí, el acervo de civilización, del que nosotros, los nuevos pueblos de esta América, somos los últimos herederos.

Nosotros, los americanos, los que acabamos de llegar, los hoy mismo nacidos, los últimos y los primeros, antes de todas las razas, como nación suprema de la historia, nosotros, avanzamos para recoger esa herencia y levantarnos sobre ella más alto que todos los pueblos, en la realización de todas las esperanzas.

LXXV

Nosotros, síntesis y corona de las razas, crisol trascendental de los pueblos, encrucijada de la Historia, molde de nuevas civilizaciones, no le aminoramos el anhelo que corre y se preocupa en entera fe.

de las cenizas umbradas, puertas del mas allá, nosotros, venimos a tomar posesión de esta eternidad, venimos, sí, a erguirnos sobre el esfuerzo secular de la Historia, trayendo, sí, en nosotros, el patrimonio de los siglos. Henos aquí

LXXVI

Henos aquí, Ciudades de la Tierra, Pueblos y Naciones, Dioses y Héroes, Continentes y Mundos. Henos aquí, Pueblos y Naciones presentes. España, Francia, Italia, Inglaterra, Alemania, Rusia, Norteamérica, Japón. Henos aquí, Pueblos y Naciones pasadas, India, Egipto, Roma, Grecia. Persia, Asiria, Judea. Henos aquí, Pueblos y Naciones que habisteis las tierras que hoy habitamos, Toltecas, Mayas, Kichuas, Aucas, Guaraníes.

Henos aquí, henos aquí a los que os llevamos en nosotros, convertidos en substancia inmortal, como energías de nuestra propia Alma.

LXXVII

Henos aquí, Ciudades de la Tierra, Capitales magníficas de ayer y de hoy, las que aún por los arcos dominan al cielo de una claridad de anillos boreales, y las que yacéis en el silencio y en la sombra, hechas polvo y fantasma, París, Londres, Berlín, Milán y Nueva York, Roma, Atenas, Chipre, Babilonia, Nave, Jerusalén y Damasco. Y vosotras, las de la América que fué, Teotihuacán, Kuzco y Paucari.

Henos aquí, henos aquí a los que os llevamos

en nosotros, convertidos en substancia inmortal, como energías de nuestra propia Alma.

LXXVIII

Henos aquí, Héroes e Inventores, Santos y Guirreros, Descubridores y Artistas, Filósofos y Navegantes, de todas las Tierras, de todas las Razas, de todos los Tiempos, cuantos, entre los hombres, hubisteis una gran alma, cuantos quisisteis una fuerza, cuantos creasteis con dolor, cuantos luchasteis con fe, cuantos anhelasteis en la profunda soledad, cuantos conocisteis la embriaguez suprema del sacrificio, cuantos sufristeis persecución, dolor y sarcasmo, cuantos acumulasteis fracasos, cuantos triunfasteis gloriosos, cuantos os disteis a un Ideal, tantos, tantos, que ya no recordamos vuestros nombres.

Henos aquí, henos aquí a los que os llevamos en nosotros, convertidos en substancia inmortal, como energías de nuestra propia alma.

LXXIX

Henos aquí, creaturas ideales del pensamiento, alambicamientos del genio humano, imágenes perfectas de nuestras vidas, que habitáis por encima de los hombres y de los tiempos en el cielo del arte; vosotras, Prometeo, Edipo, Argana, Sigfredo, Fausto, Hamlet, Don Quijote; vosotras, Helena, Casandra, Salomé, Beatriz, Julieta. Y vosotras, multitudes de figuras de hombres y mujeres, desventurados o dichosos, heroicos o miserables, que os habéis ido batiendo y renovando en

majestuosas rondas, junto a las grandes imágenes, en el cielo del Arte

Hemos aquí, hemos aquí a los que os llevamos en nosotros, convertidos en sustancias energéticas, como energías de nuestra propia Alma.

1888

Hemos aquí, hemos aquí, Razas, Ciudades, Há-
bitas y Siglos, a los que os llevamos dentro de nos-
otros, convertidos en espíritus memoriales. Den-
tro de nosotros os llevamos, sí, con todas vuestras
glorias y vuestras ignominias, con vuestra salu-
daria y vuestra bestialidad, con vuestras lúas
mañaneras y vuestros días de guerra.

Dentro de nosotros, sí, con vuestras secretas virtudes y vuestros vicios ínfimos, con vuestros nece-
sidades enanas y vuestros mágicos venenos, con
vuestra fe profunda y vuestro tedio cotidiano, con
vuestros entusiasmos crecientes y vuestros co-
suetos infinitos.

De:tro de nosotros, sí, con vuestras torres,
vuestras pirámides y vuestras cúpulas; dentro de
nosotros, sí, con vuestras fiestas y vuestras luctu-
rias; de:tro de nosotros, sí, con vuestras obras y
con vuestras angustias

LXXxi

Toda la Historia, toda la Civilización, toda la Humanidad, están en nosotros, no fuera de nosotros.

Este legado de los Siglos, esa universal Herencia
esa labor de todos los pueblos, ese esfuerzo

de todos los hombres, está en nosotros, no fuera de nosotros.

Esa herencia no es una forma externa, es una virtud interna, es, afirmando lo contrario,

«mieda, es una substancia germinal, es
poco no es una riqueza en botijos, si o una fa-
cultad de nuestra alma.

LXXXII

Los Pueblos, las Naciones, las Razas, los II
los Siglos, han pensado y escrito y creado
han sufrido y gozado, se han esforzado y luchado,
para hacernos a nosotros tales como somos,
para darnos estas capacidades, estos valores, estas
energías, estas tendencias, estos destinos.

Para el esfuerzo que a lo largo de los siglos, no se ha podido montar esta máquina compuesta y tan perfecta que se llama Civilización, no, mil veces no, un millón de veces no; esa máquina no la dirigido a producir un hombre, y ese hombre somos nosotros, nosotros, sí, los Hijos de ese gran Esfuerzo.

LXXXII

Nosotros, los americanos, somos los ángeles en
 lugar, y venimos trayendo todos vuestros esfuer-
 zos, o cumplir vuestras más altas esperanzas.
 Nosotros somos el fruto de todos vuestros es-
 fuerzos, la imagen viva de todas vuestras es-
 peranzas. Para nosotros anhelaisteis, para nosotros
 esforzaisteis, para nosotros vivisteis. Porque

tudo vuestro esfuerzo y vuestra esperanza están en vosotros.

Somos como un vasto mar que recibe todos los ríos, y también como una estrecha cuerrecilla a donde convergen todos los caminos.

LXXXIV

Frente a las viejas y pesadas civilizaciones pesadas con el peso de tantos siglos y de tantas herencias, — frente a las viejas culturas refinadas y decadentes, — tantos mágicos venenos hay en su sangre, — el pueblo en quien despierta el germen de la renovación, es semejante a un niño terrible y prodigioso.

Una inocencia natural, una vida infantil, le sacian de la tibia de las viejas catodras, y lo impulsan a lanzarse solo, por los senos montañosos de las tierras y las playas musicales del mar, preguntando a la tierra, a los árboles, a las aguas, a los vientos, a las plantas, a los hombres, a las estrellas.

Todas las facultades genéricas se levantan y entran en acción, como si por primera vez despertara a sí misma de su sueño de oruga sobre la tierra, tuviera conciencia de sí misma, y sus ojos infantiles penetraran en las cosas, vírgenes e intactas, como en la aurora vébera.

LXXXV

Las formas externas de las cosas, las formas han de ser rotas y arrojadas, como la cáscara

de la manzana, si se quiere comer el fruto. De los otros históricos, sólo ha de conservarse el vino.

Todo lo que es fundamental y permanente en las civilizaciones estará aquí, pero con otras formas. Todo lo que es definitivo y de heredar en el encadenamiento de las culturas, estará aquí, pero transfigurado.

Una nueva cultura es un nuevo avatar del espíritu humano. El espíritu que reencarna es el mismo, pero el cuerpo y la personalidad son otros.

LXXXVI

Las formas de la civilización son para nosotros los americanos, lo que es la flor para la abeja. Chupamos de ella el néctar y elaboramos nuestra miel.

Así, la sabiduría y la riqueza de los siglos están en nosotros, como un néctar. Extraemos el néctar y dejamos la flor. Sólo el néctar sirve para hacer miel.

Sólo el néctar, sólo el néctar queremos, nosotros, los productores de miel. Y en nuestros patrios panales elaboramos nuestra miel, nuestra miel, sí, nosotros, las zumbantes abejas de la Civilización.

Jornada Octava

LXXXVII

Una noche, tendido sobre la paja, yo veía, no a lo al Firmamento. En la noche infinita se extendía el cielo ataraxa, con sus galaxias y con sus muchedumbres de orbes resplandecientes. Maravillosa fiesta de los ojos, en la que el alma se sumerge en un sueño profundo. En el silencio, como un vano aleteo, el dolor de los inocentes pastizales. En la calma solitaria, se oía latir mi corazón. Largo, como si aquel a la vez pesara sobre mis párpados con un peso mortal y mortal, mis párpados se cerraron, durmiendo. Esto era hacia la mitad de la noche.

LXXXVIII

Ved, amigos, como las grandes cosas del Espiritu se hacen hacia la medianoche. El día es para el trabajo, el estudio y los negocios, pero la noche, la gran noche profunda y estrechada, es para las cosas estrechadas y profundas del Amor y del Espíritu. Porque las cosas más profundas son invisibles durante el día, como las estrellas.

Las raíces del día y de las cosas que se ven

En esta estancia es la profunda noche. El secreto del día y de las cosas que suceden en él dan solo vago conocimiento en la noche. Porque el día es claro para los ojos, pero la noche es más clara para el Espíritu.

LXXXIX

Así fue, que en el silencio perfecto oí una voz. Era una voz que llenaba y estremecía los espacios como un trueno, y era dulce, no obstante, como el eco de un órgano a la distancia. Era una voz que parecía venir de las infinitas alturas, y ser, no obstante, susurrada al oído, como un secreto amoroso. Ya no sé si la oía con los oídos o con la mente, no sé si sonaba dentro o fuera, si era una voz o un pensamiento.

Decía la voz: Astor, despierta. Esta es tu hora. El mundo necesita de ti. En el vasto bosquejo del Universo, tú tienes un lugar, ven a ocuparlo. En el plan de mi inmensa evolución tú tienes tu misión, ven a cumplirla. Antes que tú, tus hermanos, uno tras otro, se han levantado para tomar su puesto en mi labor y cumplir la misión de cada uno. Ahora, levántate tú, esta es tu hora.

XC

Entonces, de las vastas soledades del Continente, en la camuflada sombra, vi alzarse como un valio latitante que se desprendiera de la tierra, como una nebulosa tenue y suelta, semejante a las cometas de los cometas, que se iba condensando en velos de

materia radiante, que ondulaban y se hacían más espesos, así que iban ascendiendo al espacio.

Vi ascender al espacio la materia radiante, como florantes y azules cometas, que arrebatara en rondas espirales un viento desconocido. Vi condensarse aquella astral materia en una densa nébula, y tomar luego forma de gigantesco huevo, que parecía de oro incandescente. Y vi surgir del huevo, plasmándose en la luz, una enorme figura resplandeciente, como un sol en mitad de la noche.

XCI

Era aquella figura una humana, de traza de hombre, pero de expresión terrible, angustiosa y hercúlea, con la suave sonrisa de un niño y la mirada impetuosa de un guerrero.

En sus brazos llevaba un niño con los brazos extendidos, calzaba botas de hierro; llevaba a la cintura cinturón de diamante, de su cuello colgaba, sobre el pecho, un sol de oro con rayos de esmeraldas. En su diestra empuñaba reluciente espada, y en su izquierda sostenía un joven condor, que agitaba las alas para lanzarse al espacio, en el ímpetu gozoso del primer vuelo. Fulgía en su frente una diadema de estrellas. Un dorado jaguar estaba echado a sus pies y le lamía las rodillas.

XCH

Así vi la figura de Aster. (1) Todo el espacio en torno estaba lleno de una sutil neblina. Aster respiraba con su respirador. Así... en torno y la sutil neblina se agudaba, círculos y figuras de vivientes colores aparecían, y mil formas plasmábanse en la luz y se diluían, de montañas, de animales, de plantas, de edificios, de paisajes, de escenas, de multitudes.

Una música angelica y poderosa, como si los vientos soplaran a través de los tubos de un órgano sideral, pasaba en ráfagas tempestuosas o en blanda brisa, agitando aquel mundo ligero y cambiante, como el mundo del sueño.

Allí, donde miraban los ojos de Aster, se iluminaban y movían las figuras y las escenas; y donde Aster apartaba sus ojos, las formas se desvanecían y se diluían las escenas. Así me vino viva de los ojos de Aster.

XCIII

Mas, la Voz volvió a hablar. — Aster, la Voz, has de encarnar. Has de bajar del mundo diáfano y dichoso, en que tu pensamiento crea su color, al mundo de la materia densa y dolorosa, que pensarás con tu pensamiento.

Mira a tus pies, allá abajo, a través de esa dorada niebla, aquello que no es tu pensamiento. ¡Ves esa tierra áspera, oscura, que emerge entre

(1) Véase la nota al fin de este libro.

los océanos, con sus bosques, sus ríos, sus montañas, sus pampas, sus punas, sus playas, con sus bestias de todas clases, con sus hombres pequeños y sufrientes, larvas de dioses?

¡Ves allá abajo, esa tierra que lambían con la boca de todas las razas, y en cuyos puertos entran barcos de todas partes del mundo, trayendo hombres de todos los pueblos para poblarla?

Esa es, Aster, tu tierra. Esa es, Aster, el pueblo al que vas a encarnar.

XCIV

Aster fijó sus ojos acá abajo, y miró al Continente. Su rostro radiante se ensombreció como si un velo nocturno le cubriera, la sonrisa mofa de los labios se trocó en pliegue de amargura, y de sus ojos salieron relámpagos tempestuosos.

Con voz de angustia gritó. ¡Por qué — ¡oh Padre! — me arrancas de este mundo ligero y luminoso, y me condenas a moverme en aquel mundo espeso y oscuro? ¡Por qué — ¡oh Padre! — debo alumbrarme en carne dolorosa?

XCV

Dijo la Voz: Enigmas son de Dios y claves del Universo. El Pensamiento debe convertirse en Acción. La Voluntad debe armar a la Materia. Tú debes renacer allá abajo. Has de plasmar en la materia densa, las formas puras de tu pensamiento. Has de ordenar las cosas de allá abajo con el orden de tu Mente. Has de hacer de la

tierra que te doy por morada y por taller, la imagen de ti mismo. Tú debes realizarte. Así, en esta circulación de la vida divina, lo que es arriba debe descender a lo de abajo, lo que está abajo debe venir arriba.

XCVI

Aster gritó. Cumplase en mí la ley. Tu voluntad es la mía. Y Aster cerró sus ojos; y el dolor de la carne en que iba a entrar, daba ya un frío rostro humano una tristeza humana.

La neblina dorada que lo envolvía llenando el gran espacio, tornóse de un violeta sombrío, y graves flautas de órganos siderales rodaron por la profundidad de aquel crepúsculo.

Pero de las profundidades de la tierra, de los infinitos mundos de abajo, infinitos y oscuros como los mundos de arriba, — de la noche ancestral y caótica de la tierra, se elevaba una vasta armonía de voces innumerables, en un eco de esperanza nupcial y de gozo de amanecer.

XCVII

Cerró Aster sus ojos y toda imagen desapareció. Y cerrados sus ojos, pareció concentrarse en sí mismo. La neblina violeta que llenaba el espacio íbase concentrando en torno de él y era como absorbida por su cuerpo. Todos los atributos de su figura, la corona estelar, el cóndor de la cabeza, las alas extendidas, las barbas, el cinturón de diamante, el nereo manto de iris, el

jaguar tendido a sus pies, todos fueron borrandose, como si él absorbiera en sí mismo toda forma e imagen.

Sus mismas formas se fundieron al fin en una vaga masa de luz; y semejante a un sol o a una estrella, Aster comenzó a hacerse ver.

XCVIII

Era al principio como una enorme estrella, muchas veces más grande y más brillante que Sirio, y semejante a un bólido que cayera lentamente en la noche. Mas luego se resquebrajó en estrellas, se partió en tres, y los tres en nueve, y los nueve en multitud, y la multitud en multitud, hasta llenar todo el espacio de una callada lluvia de pequeñas simientes luminosas.

Y después se borró toda visión, y entró todo en la sombra. Y abriendo mis dos ojos, vi otra vez el cielo de la noche que estaba sobre el mundo con su carga de orbes resplandecientes. Y otra vez, tendido sobre la pampa, en la callada soledad, sentí latir el corazón.

Jornada Novena

XLIX

¡Itaym! ¡Raym! ¡Raym! Ahora, Aster la encarnado en nosotros. Ahora nosotros somos Aster

Cada mente luminosa es una parte de Aster, mas, Aster está íntegro, íntegro, sí, y con todos sus atributos, en cada una de esas miríadas de mentes

Así como en cada una de las semillas que euen del árbol en Otoño, está, virtualmente, todo el árbol, pues que de ella puede desarrollarse tal y como es el árbol que la produjo, en cada germen luminosa de Aster está todo Aster, pues él puede brotar, íntegro y pleno, de cada uno de sus gérmenes

Y cada germen de Aster es una mente

C

Aster es así, ahora, una potencia interior una virtud dinámica, un arquetipo ideal que está en nosotros. De nosotros surgirá y se realizará en las cosas

Nosotros moldearemos en el mundo de la materia de sa y dolorosa, hasta darle la forma de nuestro pensamiento. Con nuestras propias manos como en la arte la escultural, nos moldearemos a nosotros mismos, hasta que en cada uno de nosotros Aster, íntegro, se manifieste.

Con nuestras propias manos trabajaremos nuestra civilización, hasta que el duro granito se haga sensitivo y el barro oscuro luzca rojo.

Aster es un devenir. No existe fuera de nosotros sino en nosotros. Aster es nuestro fin y nuestro camino. Nosotros mismos somos nuestro camino y nuestro fin.

CII

Nosotros sabemos, sabemos, sí, que el Universo, es, maravilloso e inabarcable Universo, no es más que un vasto sistema de pensamientos. Nosotros sabemos que este mundo, y los otros mundos, las estrellas y las hormigas, las plantas y los hombres, los elementos y los espíritus, las piedras y los corazones, no son sino pensamientos.

Pensamientos manifestados, pensamientos en acción, pensamientos moviéndose en la materia hacia su fin, son todas las cosas visibles e invisibles del Universo. Y la Materia misma, la enorme, la oscura, la eterna Materia, no es más que pensamiento, el más oscuro y enorme de los pensamientos.

CIII

Nosotros sabemos, sabemos, sí, que toda la múltiple y misteriosa evolución del Universo, no es más que una realización de pensamiento. Sabemos, sí, que todas las cosas y los seres que conocemos, no son más que los frutos visibles e imperfectos del esfuerzo de un pensamiento que tiende a su realización. Sabemos, sí, que nosotros, los hombres, no somos sino el tránsito continuo de las formas que moldea el pensamiento.

Y sabemos, sabemos, sí, que el devenir oculto de nuestra América, no es sino el desarrollo de un pensamiento, no es sino la ardida y heroica realización de Aster.

CIII

¿Qué pueblo es este, formado con tributos de todos los pueblos? ¿Qué raza es ésta, forma la correa de todas las razas? ¿Qué civilización es ésta, formada con relazos de todas las civilizaciones? Así pregunta el Mundo a Sudamérica.

Nosotros respondemos. Dentro de nosotros está el Espíritu. El jor de todas las razas, fragmentos desprendidos de todos los pueblos, nosotros, los americanos, somos uno e idénticos por Aster, somos los hijos de la Mente.

No es la misma la sangre que corre por nuestras arterias, pero es el mismo el espíritu que es por nuestros pensamientos. ¿Qué importa, si la sangre y el color y la herencia en Aster está en nosotros?

No somos hermanos por la sangre, ni por la tradición, ni por la herencia, somos hermanos por la Mente. Aster, se llama nuestra unidad

CIV

No nos vergüen a hablar de herencias ni de tradiciones ni de parentescos. Nosotros no queremos saber de tradiciones, de parentescos ni de herencias. Nosotros mismos vamos a imponer nuestras tradiciones, nosotros mismos vamos a juzgar acerca de nuestras herencias, nosotros mismos vamos a establecer nuestros parentescos. No somos herederos de dinastía ninguna, así sea la más brillante de la historia: somos los fundadores de una dinastía nueva. Nuestro reino empieza con nosotros

CV

Nosotros, los americanos, los libres, los creadores, los mentes, los autógenos, no aceptamos herencias ni tradiciones ni obligaciones ni hipotecas de clase alguna, por razones fatales o por causas mecánicas, ajenas a nuestro albedrío. Nosotros queremos desahogarnos de todo pasado, queremos emanciparnos de toda fatalidad

¿Y cómo habríamos de permanecer ligados los que tenemos que andar por caminos propios? ¿Y cómo habríamos de fundarnos en herencias los que tenemos que gestar una civilización? ¿Y cómo habríamos de aceptar compromisos los que tenemos el deber primordial de formarnos a nosotros mismos?

CVI

Nosotros, los que nacemos en esta América, sólo tenemos una tradición: América, sólo tenemos un parentesco: América, sólo tenemos un compromiso: América

Cualquiera sea la raza y el pueblo de nuestros padres, decimos a todas las razas y los pueblos: No tenemos más amigos ni enemigos que los amigos y los enemigos de nuestra América. Sois nuestros amigos o nuestros enemigos en la medida que miráis a nuestra América

CVII

Una cosa sabemos, la más preciosa, la más terrible, que nos asponja el corazón de gozo y de ansiedad a un tiempo. Nosotros, los mágicos, queremos señalar en la historia el humano des-
envolvimiento, el punto en que el hombre se emancipa del ciego determinismo de las cosas y de los hechos, y va a determinarse a sí mismo, por su propia conciencia, superior a los hechos y a las cosas. Queremos señalar el punto en que el hombre pone su mente y su voluntad sobre la oscura mecánica de la materia, y sobre la ancestral fatalidad de la historia; el punto en que el hombre deja de ser un efecto ciego de las combinaciones de la materia y de los hechos de la historia, y va a ser él, él mismo, su más alto e imperioso determinante

Porque la Naturaleza es arcana y divina, pero el HOMBRE es el HOMBRE

Porque el Hombre quiere desprenderse de la oscura fatalidad de las fuerzas, quiere sobrepoderse y dominar la monstruosa mecánica de la Historia; quiere imponer a los hechos y a las cosas, las normas superiores de su Conciencia.

Toda la evolución de la Humanidad no es más que el esfuerzo hacia este fin. Toda la Historia, con sus anhelos, sus grandezas y sus errores, cumple hacia este fin, cumpliendo incluso nosotros.

Nosotros venimos a explicar y justificar la Historia. Todo lo hecho, todo lo sucedido, el Bien y el Mal, ha de ser justificado. Nosotros estamos aquí para justificarlo.

C X

Vengan, pues, esos eruditos doctores; vengan, pues, esos sabios materialistas, a ponernos sus libros ante los ojos, a tirarnos a la cabeza con sus fórmulas y sus textos.

Nosotros estamos antes que vuestra ciencia, — ¡oh, eruditos Doctores! — por encima de vuestras fórmulas, ¡oh, sabios materialistas! Nosotros somos fórmulas vivas en desarrollo, somos textos inéditos y originales en acción.

Somos el hecho, la prueba del hecho, y la razón del hecho. Vosotros no podéis hacer otra cosa que venir detrás de nosotros y estudiarnos, reducirnos a fórmulas y a leyes. Estáis ante hechos nuevos, estímaos los Doctores, escribid nuevos

CX

Nosotros vamos por el camino de nuestro pensamiento, y es un vano que nos tiréis del saco para mostrarnos las citas de los libros.

¿Qué importa la Historia! Nosotros hacemos la Historia. ¿Qué importa la Ciencia! Nosotros somos el hecho en que se funda la Ciencia.

Si nosotros contrariásemos vuestras teorías y vuestras leyes, — ¡oh, eruditos Doctores materialistas! — en dual vuestras leyes y vuestros libros no nos ap. cablea a nosotros.

CXI

Y si nos preguntáis cómo se demuestra esto que aquí se dice, respondemos: esto no se demuestra, esto no puede ni debe ser demostrado. Esto se siente o no se siente, es más profundo que toda demostración.

Ciertas verdades están más allá de toda demostración con palabras. Esto que aquí se dice en una sentencia para quien lo siente, es una realidad para quien lo lleva en sí. No hay otra prueba.

A quien no siente en sí esta evidencia no puede demostrarse con palabras. Quien la siente, no necesita pruebas ni las pide. Pero sabed que únicamente los que sienten en sí esta fe, son los que nos importan, porque esos son los nuestros.

CXII

... es una evidencia, es la prueba de ser o de no ser americano. Y en verdad, que

sería más americano aquel que en sí sintiera la fe
de este Destino, aunque hubiera nacido fuera del
Continente, que aquel que no la sienta, aunque
se hayan parido en la pampa. Si un inglés viene
y nos dice: creo en este Destino que afirmáis, -
eso es ya un americano en su corazón; más, si
un hijo de América nos dijera: no creo, eso sería
para nosotros el inglés. Más vale para nosotros
el creer que el no creer, porque el espíritu es lo que
importa, no el cuerpo.

Jornada Decima

CXIII

¡Raymú! ¡Raymú! ¡Raymú! En la Tierra, un
pueblo va a nacer, también va a nacer un pueblo
en el Cielo. En la Tierra va a levantarse el pueblo
de los hombres, en el Cielo va a levantarse el pue-
blo de los raimenes. Aquí los cuerpos, allá las
almas; aquí las acciones, allá los pensamientos,
aquí las cosas densas, allá las imágenes sutiles.

Cielo y Tierra están unidos, son las dos faces
de una misma existencia, son el haz y el envés de
una hoja, el revés y el derecho de un tejido, suave
y nítido el uno, áspero y confuso el otro.

El Cielo es la vida ideal, la Tierra es la vida
real. Ambas vidas integran la Vida. Cielo y Tie-
rra se juntan en el Hombre.

CXIV

El cielo de esta tierra, es esta misma tierra, en
sus raíces espirituales, en su más imperiosa aspi-
ración y en su supremo devenir.

La tierra de este cielo, es este mismo cielo, en

su oscura enervación material. En el esfuerzo doloroso de su realización.

El Cielo es unánimo y la Tierra sombría. Los Vientos son perfectos, las aguas son perfectas. Las cosas son perfectas y los hombres son imperfectos. Las Vientos son relativas. Las cosas son de todo y los hombres son de nada.

No hay cielo sin tierra, no hay tierra sin cielo. La vida humana es el paradigma de la vida real. La tierra es una imagen horrosa del cielo.

CXV

La Mente nueva ha monaster de nuevos Mitos para una Tierra nueva un nuevo Cielo. Hombrés y la Tierra, Tierra y Cielo, van a ser engendrados. ¿Qué va a engendrar los Mitos? ¿quién va a engendrar el Cielo?

La Mente va a engendrar. La Mente, que creó todos los cielos y las tierras, la Mente, que está en el Hombre, y creó todos los mitos de la Atlántida, de la India, del Egipto, de la Grecia, de la Europa; la Mente que está en el Hombre, y creó todas las Cosmogonías y los Zoolineos, los Sistemas, las Doctrinas y las Leyendas. La Mente que está en el Hombre, y creó todas las Figuras y las Acciones que llenan la Historia; la Mente que está en nosotros y arde con genesíacos fargos, la Mente nueva Primavera del Espíritu. La Mente nueva sagrada de nuestro Colectivo.

CXVI

En el rededor del pueblo de los Nómades, ha de ser el principio y fin de nuestra gran Conciencia continental. No hay para nosotros otro principio; no puede haber para nosotros otro fundamento. Sudamérica será así, en el futuro, un árbol cuya raíz espiritual esté en el mito, y cuyas ramas, múltiples y frondosas, se extiendan por todos los lugares del Continente.

El Mito hará nuestra unidad, el Mito hará de nosotros un pueblo. Ya lo hemos declarado: nuestra estirpe común no está en la sangre, ni en el rostro, ni en la herencia, ni en la tradición: está en la Mente.

CXVII

Poderosos son los vínculos materiales, y consistente la trama de los intereses; pero más consistente es la trama de las idealidades, más permanentes son los vínculos espirituales.

Los materiales intereses son precarios, contingentes y transitorios; mas, los espirituales son imperecederos y permanentes. La solidaridad de los intereses puede crear Estados económicos, ciudades políticas, pero no puede crear Entidades morales ni ciudades de almas.

Solo la comunidad de los valores ideales puede crear entidades históricas; sólo la colectividad moral de los individuos puede crear entidades superiores.

CXVIII

En nosotros esta, oculta y silenciosa, la fuente original de todas las manifestaciones. En nosotros está, ignea y primordial, la facultad creadora de todos los Encantos. En nosotros esta, latente y virginal, el poder que consagra todos los Valores. En nuestra mano está la llave que abre las puertas del tesoro.

Ahora, abrimos los pechos para que la fuente corra y fecundice; ahora, despertamos esa facultad para que anime en rededor las cosas; ahora, ejercemos ese poder para que sean consagrados nuestros Números.

Lo que otros hicieron nosotros podemos hacerlo; y aún más. Lo que otros sintieron y supieron, nosotros podemos sentirlo y saberlo; y aún más. Lo que otros consagraron e impusieron, nosotros podemos consagrarlo e imponerlo, y aún más.

CXIX

La Naturaleza es nuestra mientras la Mente no la ilumina. La Historia es una fría cronología de hechos mientras el Espíritu no la inflama. Las significaciones profundas, los altos simbolismos, los sentidos idénticos, todos los valores trascendentes que asumen los lugares, los seres, las acciones, los nombres, son iluminaciones de la Mente, son proyecciones del Espíritu.

Porque, en verdad, nada es hermoso en la Naturaleza sino el Hombre. La belleza está en el ojo

que mira, porque, en verdad, nada es grande en la Historia sino el Hombre: la grandeza está en la mente que juzga. Todo es vulgar para el hombre que mira, para el hombre extraordinario, todo es extraordinario.

CXX

Los hombres vacíos de espíritu, sólo ven la grandeza y la belleza en las cosas donde otros pusieron la marca: esto es grande, esto es bello. Mas los hombres llenos de espíritu, ven por sí mismos estas cosas, y las consagran para los otros poniendo sobre ellas su marca: esto es bello, esto es grande.

Así, nosotros vamos a ver con nuestros ojos las cosas nuevas y a consagrarlas para la Historia, poniendo sobre ellas la marca de nuestro espíritu, si es verdad que el espíritu está en nosotros.

Aster es el creador de símbolos y de mitos. La mirada de Aster despierta la vida ideal en las cosas que mira.

CXXI

Ved, ved cómo se anima, se levanta y resplandece todo a nuestro alrededor. Ved aquella montaña, aquel río, aquel lago, aquel árbol, aquel tejado, aquella nube, aquella estrella, como se forman cosas y lugares sagrados, cuya visión exalta el ánimo, cuya presencia o cuya evocación despierta una emoción profunda.

Ved aquella figura de navegante, aquella de conquistador, aquella de caudillo, ved ese nombre de ciudad o de batalla, ved esa ruina arcana, ved esa montañera brava, ved esa multitud de inmigrantes, ved ese primitivo payador, ved esa escena de trabajo o de lucha, como se torcan nombres y figuras y acciones extraordinarias, como también para nosotros expresiones recanditas y sentencias nuevas.

Es que el gran Encantador que está en nosotros lo ha consagrado todo tocándolo con su cetro. Aster es el gran Encantador.

CXXXII

Mirad, mirad en toda la extensión del Continente, sus ríos como mares, sus cordilleras escuadras, sus patios montañas, sus selvas paradisíacas, sus lagos misteriosos, sus pastorales corrales, sus flores magníficas, sus faunas singulares.

Mirad, mirad en toda la extensión de su Historia, sus grandes orígenes, sus imperios indianos, sus ciudades extintas, sus ruinas colosales, su viaje de las Carabelas, sus mágicos Elixirales, su epopeya de la Conquista, su gesta de la Emancipación, su caudillismo gaucho, sus largas migraciones laboriosas.

Ahora, mirad todo eso, confuso, opaco, oscuro, cegar hasta ayer, va a entrar ahora en el cielo nebuloso, va a alumbrarse de una luz interior y a tornarse en nido, va a desentrañar de sí aspectos maravillosos, va a adquirir valores equitativos, va a sacar en lengua del símbolo y de la poesía. Todo eso va a convertirse en Mito.

Jornada Undécima

CXXXIII

Naciones y Caudales del Mundo, venos aquí. Somos la América del Sur, venimos a cumplir nuestra misión en la Historia.

No venimos a instalarnos en vuestras tierras. Venimos a alabar las más vastas y ricas de todas las tierras y las ofrecemos a todos los hombres que quieran venir con nosotros.

No venimos a conquistar vuestros hogares. Levantamos los nuestros con vuestras energías y venimos aquí como en un gran hogar, a todos los patrias y a todos los caminantes del Mundo.

CXXXIV

No venimos a derribar vuestros dioses, ni a borrar vuestras doctrinas; no rechazamos de nosotros los símbolos y los mitos que otros crearon.

Nosotros creamos nuestros mitos y los alzamos sobre el Continente como las sombras propias a que aspiramos. Nosotros consagramos nuestros Nombres y los alzamos entre los Nombres de todos los pueblos, como representantes ideales de nuestra Soberanía. Esto es

CXXV

Naciones y Ciudades del Mundo, abridnos paso.
Somos la América del Sur venimos a cumplir
nuestra misión en la Historia

No venimos solos Vienen con nosotros nues-
tros Nombres, nuestros Héroes, nuestras Leyen-
das, nuestras Epopeyas y nuestras Voluntades

Venimos a ocupar nuestro lugar en la Historia
y con nosotros vienen nuestras montañas, nues-
tros ríos, nuestras selvas, nuestras pompas, nues-
tros volcanes, nuestras bestias, nuestros vientos y
nuestras constelaciones

Venimos a ocupar nuestro lugar en la Historia
y con nosotros vienen nuevos nombres, nuevos
lugares, nuevas figuras, nuevas acciones, nuevas
formas, nuevas idealidades

CXXV.

Ilenos aquí. Venimos a la Historia y con nos-
otros vienen las tierras y las aguas, las faldas y
las lomas de nuestro Continente

Vienen con nosotros el Aconcagua, el Amazo-
nas, la Pampa, el Potosí, el Atlántico, el Cotopaxi,
el Tequendama, el Písta, la gran Meseta andina,
el Popocatepetl, los Yungas y el Pororoca. Vie-
nen con nosotros, con todas las plantas y las bes-
tias que las habitan, cóndores y caracanes, jagua-
res y ketzales, uras y llamas, ombúes y cocoteros,
quebrachos y totoras, araucarias y seibos, achiras
y canchutes

Vienen con nosotros los lugares de nuestra

acción, el escenario de nuestro drama inmortal,
las cosas de la tierra que nos sustenta, los ele-
mentos y las formas de nuestra naturaleza, la más
simple, benévola y espuellada de las naturalezas.

CXXVII

Y vienen con nosotros las cosas que están ligan-
das a nuestra naturaleza, las cosas que el hombre
americano engendró en primitiva alianza con la
tierra, y con los elementos de la tierra, sus es-
tancias, sus ranchos, sus ganados, sus yerbales,
sus llaneros, sus bohíos, sus payadas, sus domas,
sus tropas, sus ostios, sus yaravies, sus danzas,
sus cholos, sus sextas, sus chacras, sus gringos,
sus totas, sus pueblos, sus quintas, sus suburnos
y sus casonas

Vienen, sí, con nosotros las cosas de nuestra
naturaleza. Nosotros consagramos estas cosas
con nuestra presencia, las identificamos con nues-
tra propia vida. Ellas forman parte de nosotros

CXXVIII

Nosotros celebramos estas cosas en nuestros
cantos y las reproducimos en las formas de nues-
tro arte. Nosotros hacemos de ellas expresiones
ideales y símbolos de las cosas íntimas. Nos-
otros proyectaremos sobre ellas el fuego y la luz
que está en nosotros, para que se iluminen y alum-
bran sobre nosotros y sobre los otros Continentes

Nosotros haremos de ellas vasos preciosos. He-

los de nuestro espíritu, para que bebán en ellos
nuestros arjos y los ojos de los otros.

Porque estas cosas constituyen nuestra morada,
y esta morada ha de ser digna de nosotros. Así
nosotros consagramos nuestra morada

CXX X

Hechos aquí Seguimos a la Historia y con nos-
otros surge la misteriosa antigüedad del Conti-
nente. En sus piedras cien veces seculares, en
sus yacentes ruinas sentadas, arrojando de sí la
mortaja de ceniza y de olvido, se levantan las
ciudades precolumbinas, los Imperios autóctonos,
semejantes a turbadores fantasma, en sus sien-
tos de leyenda y en su riqueza de bronce.

Remejante a un cofre cerrado que guarda tes-
oros magníficos, es la Antigüedad de bronce de
esta América. Nosotros tenemos la llave que abre
en esos tesoros.

Tehuacan. Paete. Kuzco. Tenochtitlan.
Vuestros nombres han de brillar, de hoy más,
junto a los viejos nombres de la Leyenda aurea-
lados en bruma de misterio y de encanto, como
las viejas Memphis, las Ecbatanas, las Babilonias
y las Jerusalén.

CXXX

Hechos aquí Venimos a la Historia y con nos-
otros vienen las figuras magníficas de Navegantes
de Conquistadores, y las proezas y las leyendas
de los descubrimientos y de las conquistas: toda

la magna gaceta de este Mundo, forjado en la
mas grande fragua de energías heroicas que hayan
visto los tiempos.

Los heroes que realizaron tales cosas no eran
nacidos en la América. Ellos son hijos de los
pueblos viejos, mas son nuestros porque América
es hija del fuego de sus corazones; y su Hazaña
es nuestra porque en nosotros llevamos el genio
de esa Hazaña.

Por esos Paises, la energia heroica de las viejas
razas vino a engendrar la América. Ellos son los
puentes de fuego, los arcos flamígeros que unen
la nueva América a las viejas Naciones. Y esos
puentes son nuestros porque su sangre de heroes
nos dio a nosotros, y su luz es nuestra por-
que nosotros llevamos dentro el espíritu de esa
Hazaña.

CXXXI

Abred paso a la poesia maravillosa de nuestra
genios, Naciones y Ciudades del Mundo. Mas
que la India, más que la Grecia, más que la Roma,
más que el Medioevo, mas que todos los siglos
y las épocas, nuestra América tuvo génesis de
maravilla.

No hay leyenda en el mundo mas llamante
que esta leyenda; no hay Epopeya escrita ni vi-
vula más heroica y magnífica que esta Epopeya.

Nosotros desentrañaremos sus bellezas más
profundas, revelaremos sus significaciones más
ocultas, plasmaremos su visión más espléndida

Nosotros la consagraremos en el Arte y en el
Mundo para nosotros y para la Humanidad.

CXXXII

¡Heos aquí! Venimos a la Historia, y con nosotros vienen los patrias nuestras, y los grandes caudillos de nuestra Independencia. Vienen las multitudes acenestras, en éxodos y en batallas; vienen las gacuas montoneras, tumultuosas y duras, vienen las esforzadas travesías de los Andes, vienen ansteras figuras de capitanes, viene la figura sentelleante del Gran Caudillo; vienen nuevos nombres de héroes y de batallas, vienen nuevas visiones de tragedia y de apoleosis.

CXXXIII

Y vienen con nosotros las plebes inmigrantes de todos los países, de rostros curtidos y aulantes miradas, padres y moctones robustos, madres amamantando proles, envueltas en raídos mantos, amontonados y promiscuos en las proas de los transatlánticos. Vienen con nosotros las plebes irredentas de todas partes, la fecunda resaca arrojada por las mareas sociales a las playas del Nuevo mundo, llegando a sus ciudades, esparciéndose por sus campos, arraigándose, redimiéndose, renovándose, en proles palingenésicas, en las que prende, como un sacro fuego, el Espíritu del Continente.

CXXXIV

¡Heos aquí! Venimos a la Historia, y con nosotros vienen nuestras Aspiraciones y nuestras Voluntades. Viene con nosotros nuestro Devenir más querido y espléndido que todas las Leyendas y las Historias, más misterioso que todos los Imperios y las Ciudades precolombinas, más vasto y rico que la pampa argentina y la selva amazónica, más enorme que la cordillera de los Andes, más epopéico que todos los Descubrimientos y las Conquistas, más heroico que todas las campañas de la Ema repación, más humano y fecundo que todo el renovarse de las inmigraciones.

¿Qué es esta América que existe, frente a la América que está dentro de nosotros?

CXXXV

Vienen, sí, con nosotros, nuestros sueños y nuestras voluntades; vienen con nosotros la América del devenir. Y esto es lo más grande que traemos.

Esta América que está en nosotros, esta América que va a nacer, que está naciendo ya, es una fuerza arcana que se dosata en nuestros corazones; es una corriente tumultuosa que circula por nuestras arterias y nos hace vibrar como antenas caectricas; es un viento atltico que saba entre nuestros cabellos y nos luncha como al velamen de las tres carabelas, es una oscura agitación interior de gérmenes que quieren brotar, es un divino, y doloroso celo de engendrador, es una an edad

de todo lazo, nosotros cumplimos un deber tan imperioso como nuestra propia vida. Sabed que al tomar por nuestro camino respondemos a un llamamiento que está más allá de nuestras vidas. Sabed que al asumir esta actitud ante la Historia, nosotros, los americanos, tenemos la conciencia de nuestro Destino.

CXXXIX

—¿Es que queréis, acaso, ser un pueblo de místicos y soñadores? Así, dirá, tímida, la lengua de las viejas Naciones, llenas de ciencias y de mañas.

¡Soñadores! Y bien, sí, soñadores, en la noche estrallada, silenciosa y ardiente, en la noche de las claras visiones y de los altos pensamientos, en la noche dulce y vertiginosa donde se incuba la vida, en la noche de embriagueces astrales, matriz del día. Soñadores, sí, de los sueños donde están las raíces del Mundo semejante a un lago inmóvil de aguas negras, de cuyo fondo emergen los largos tallos del nenúfar.

CXL

Soñadores, sí, en la noche de los sueños profundos; mas, obreros en el día de la acción material y del esfuerzo corpóreo. Obreros, sí, en el día de la labor y de la lucha, obreros que sembramos en la tierra arada por el esfuerzo en hondos surcos, las simientes que trujimos del sue-

ño, las simientes que provienen del seno de la noche.

Porque así como el Día recibe su simiente de la Noche, la Realidad hunde sus raíces en el Sueño.

CXLI

Así nosotros queremos llamarnos realizadores. Porque el sueño es fácil y la acción es difícil; porque el sueño es dulce y la acción es amarga; porque el sueño embriaga y la acción atormanta; porque el sueño es regazo de querida y la acción duro lomo de potro bellaco.

Pero en verdad, así como la Acción es vana si no tiene raíces en el Sueño, vano es el Sueño si no emerge a la Acción.

CXLII

Sí, nosotros queremos llamarnos realizadores. Pues nosotros no somos aquellos que se entregan al sueño por huir de la realidad. No somos aquellos que, cerrando los ojos a la penumbra de la realidad, buscan las puras claridades del sueño. No somos aquellas que desprecian la ruda materialidad y quieren apartarse de la florra. No somos aquellas que, tapándose las narices exclaman: *la realidad huele mal, apartémonos de ella*. No somos aquellos que no quieren ensuciar sus manos en el barro fecundo de la tierra. No somos aquellos que quieren permanecer imaculados.

CXLIII

¿Y cómo han de querer apartarse de la realidad los realizadores? ¿Cómo han de despreciar a la materia los que quieren infundir su espíritu en la materia? ¿Cómo ha de abandonar su tierra el labrador? ¿Cómo ha de desdeñar su arcilla el alfarero? Porque nosotros somos semejantes a los labradores y a los alfareros: queremos hacer producir a la tierra su dorada cosecha; queremos modelar con nuestras manos vasos hermosos.

CXLIV

Nosotros no queremos conservarnos puros, como las vírgenes, a trueque de la fecundidad. Nosotros no tememos humilir nuestras manos en la materia, en meter nuestros brazos hasta el codo.

Como el minero se bunde en la galería húmeda y negra, con su lámpara en mano, en busca del blán que será riqueza, así nosotros nos hundimos en las oscuras entrañas de la realidad, llevando nuestras lámparas encendidas.

Y como el domador que, firme en el lomo de su bagual, endurece su coraje viril con el áspero aliento del animal, y le place el olor del cuerpo sudoroso y resistente, así a nosotros nos exalta el aliento cálido de esta materia que domamos, y nos place el sudor de nuestros pechos y de nuestras axilas.

CXLV

Sí; porque aquello que está en nosotros quiere ser realizado, nosotros amamos la tierra. Porque aquello que está en nosotros quiere ser realizado, nosotros amamos la materia.

Porque, ¿dónde sino en la tierra habría de realizarse aquello que está en nosotros? ¿dónde habría de plasmarse aquello que está en nosotros sino en la materia?

CXLVI

Sí, nosotros amamos la tierra con un viril amor de esposos, porque es mujer la tierra. Somos engendradores y amamos a la tierra; la tierra, de inmenso regazo y de inagotable maternidad; la tierra, morena y cálida, de capitoso olor de fiera, de aliento de azúcar, con sus senos henchidos de leche; la tierra, de palpitantes caderas, de muslos lujuriosos, de garganta de tórtola, de cabellos selváticos, de vientre semejante a la luna; la tierra, de ojos verdes y espantosos, de dientes de leopardo, de brazos serpentinos, de lengua que destila licores.

Nosotros queremos generación; nosotros queremos generación; así amamos la tierra.

CXLVII

Amigos: no lle más tanto a la tierra como el hombre que ha conseguido elevarse. Nadie ama

tanto a la tierra como los dioses. Así nosotros habremos de amar la tierra: con amor de dioses, con un divino anhelo de realización. Así habremos de amar la dolorosa tierra, y los dolorosos fuegos de la tierra, y la materia dolorosa de que están hechas todas las cosas de la tierra.

Así digamos: No nuestros apolitos, no nuestros sensualismos, no nuestras vanidades aman la tierra: el dios que está en nosotros es quien ama la tierra. El dios que está en nosotros es quien ama la tierra; quiere realización.

CXLVIII

Así, lo que queremos para nuestros hijos, lo que queremos para las generaciones de nuestra América, son ojos que no se aparten con miedo de la realidad, para refugiarse en las bellas mentiras literarias, sino que se abran impávidos y dominadores, sobre el dolor y sobre la fealdad de los hechos.

Lo que queremos para nuestros hijos, lo que queremos para las generaciones de nuestra América, son corazones en quienes el amor no sea una debilidad sino una fuerza, firmes y heroicos como fortalezas contra la falsa piedad y el brutal egoísmo; corazones duros por fuera, blandos por dentro, como frutos que no horadan las larvas.

Lo que queremos para nuestros hijos, lo que queremos para las generaciones de nuestra América, son piernas firmes y ágiles para andar por

los ásperos caminos del mundo, brazos resistentes y págiles para domar la materia hostil.

CLXIX

No una ociosa academia de disertadores, no una cátedra donde se engullan textos de jurisprudencia, no una corte de amor con sus juegos florales: Un rudo ejército de labradores y de taladores de selvas, un rudo ejército de domadores de perros y de escaladores de montañas, un rudo ejército de mineros que bajan a buscar el oro y el hierro en el subsuelo de la realidad, un rudo ejército de navegantes y de conquistadores endurecidos en la asperidad de una gran Disciplina.

Esto es lo que queremos para nuestros hijos; esto es lo que queremos para las generaciones de nuestra América.

CL

Aquí termina el libro llamado Huanakauri, compuesto de doce jornadas y ciento cincuenta y tres estancias; escrito en Montevideo, el año mil novecientos diez y siete de la Era Vulgar y cuatrocientos veinticinco del descubrimiento de América, por un ciudadano de estos países.

A la nueva generación del Continente, en todas las repúblicas extendidas desde el Atlántico al Pacífico, desde el Golfo de México hasta la Patagonia, se entrega aquí la guarda y el cumplimiento de esta Palabra.

FIN



Nora. — Relativa a la estancia XCII.

El nombre *Aster*, que designa aquí este Mito, Sueño o Visión, significa doblado de luz propia e interna, que brilla por sí y alumbra a su alrededor. Se refiere a aquella cualidad de la Mente o del Espíritu, que anima e ilumina el mundo material, comunicándole sus vibraciones y sus sentidos; esto es, lo que constituye el carácter mismo de la visión que aquí se nombra. *Aster* no es, en verdad, el nombre preciso de esta Figura, mas su nombre preciso — que debe significar "El que engendra con la Mente" o "la Mente Creadora", la "Mente Causa", la Mente-Principio" — sería poco enfático a nuestros oídos, por lo que, *Aster*, aproximándose bastante al sentido verdadero, es usado en este escrito. — N. del A.